

Me roza la frente con un beso ligero, a la vez que recorre con los dedos la curva de mi costado y se pierde bajo la camisa. La suya. Abro los ojos y encuentro la mirada de color verde claro que ilumina de inmediato mi mañana. Alargo una mano y le toco la cara, tan lisa como la de un niño. Al principio pensaba que se levantaba por la noche para afeitarse a escondidas, luego comprendí que su piel es así: tiene una barba tan suave e invisible que cuando se despierta parece que se ha afeitado ya.

Estamos tumbados de lado, uno frente al otro, nuestros pies se tocan. Nuestros cuerpos tienen el mismo olor. Ayer por la noche hicimos el amor, cada vez es más bonito, un descubrimiento que tiene el sabor irre-

sistible del placer. Su mano me aprieta un poco más y me zarandea lentamente.

—Despiértate, Bibi... —Su voz es un soplo.

Cierro los ojos para arrebatarme unos minutos más de sueño y bajo los párpados trémulos me imagino este día, *todos los días*, a su lado.

Filippo.

—Un poco más... —resoplo volviéndome hacia el otro lado.

Me besa otra vez en la nuca, se levanta y entorna la puerta dejándome sola en la habitación para que me des-perece. Aún estoy atontada, pero, en cualquier caso, hago un esfuerzo enorme para apoyar el busto en el cabezal de la cama. Los rayos de sol que se filtran por la ventana me acarician la cara: son las ocho de un día precioso de mayo, hace ya calor y fuera la luz es poco menos que cegadora.

Es un nuevo día de mi nueva vida.

Después de viajar a Roma y presentarme sin avisar en las obras, hace tres meses, sucedió lo que no me atrevía a esperar: Filippo no solo me ha perdonado, además me ha escuchado, me ha comprendido y me ha hecho sentir que todavía me quiere. Entre sus brazos he tenido la clara sensación de haber vuelto a casa, de haberme reencontrado después de haber perdido el camino. Nos bastó mirarnos a los ojos para saber que aún queríamos estar juntos. De manera que dejé Venecia y me mudé aquí, a su piso en Roma, que se ha convertido en el nues-

tro. Es un ático íntimo y luminoso que da al lago artificial del EUR. Lo ha proyectado él. Adoro este nido. Además, en cada rincón hay algo nuestro, de nuestra manera de pensar, de nuestras pasiones: la librería de resina que diseñó Filippo, las lámparas de papel de arroz que pinté con ideogramas japoneses, los carteles de nuestras películas preferidas. Me gustan las ventanas sin cortinas e incluso el ascensor claustrofóbico del edificio, pese a que siempre tengo miedo de que se pare. Pero, sobre todo, me gusta que esta sea la primera casa que compartimos.

Entro en el baño y me arreglo apresuradamente el pelo recogéndolo en la nuca con una pinza para apartarlo de los ojos. La melena de paje de mi último otoño veneciano es agua pasada; el pelo, moreno y rebelde, me llega ahora a los hombros, pese a que me obstino en recogerlo en coletas improvisadas o haciéndome unos peinados increíbles.

Me pongo los pantalones del chándal y, chancleteando, me reúno con Filippo en la cocina.

—Buenos días, dormilona — me saluda sirviéndome un vaso de zumo de naranja.

Está listo para salir, va perfumado y vestido con unos pantalones de algodón beis, una camisa celeste y una corbata con estampado de efecto óptico. Por la corbata intuyo que hoy irá al estudio, no a las obras, lo he aprendido ya. Envidio a muerte su eficiencia matutina: comparada con él, parezco una tortuga que se arrastra por la casa.

—Buenos días —contesto restregándome los ojos con un bostezo que casi me disloca la mandíbula. Me siento en el taburete y apoyo los codos sobre la encimera de cemento; el sueño sigue siendo una llamada a la que, creo, no voy a poder resistir. Alzo la mirada hacia los hornillos, donde, dentro de un cacito, está hirviendo ya el agua para mi té. Filippo ha tenido ese detalle conmigo desde la primera mañana en que nos despertamos juntos. Es un gesto pequeño, pero habla por sí solo de él.

Apaga el fuego para que no se salga el agua.

—¿Metes tú la droga? —pregunta.

Sonrío. Filippo sostiene que me coloco a base de té verde y tisanas, y puede que tenga razón: bebo varios litros al día y me gusta comprar todo tipo de variedades. Me acerco al estante y cojo uno de los innumerables tarros llenos de hojas secas. Hoy me apetece una mezcla ayurvédica: té verde con aroma a rosa y vainilla.

—¿Quieres? —intento.

Filippo niega con la cabeza a la vez que bebe a sorbos su café.

—¡Te advierto que está buenísimo! —Le tiendo la caja de latón para que la olfatee.

—Claro, faltaría más... ¿Ahora te dedicas también a traficar? —pregunta acercándosela a la cara con cautela—. Huele a gato muerto —sentencia frunciendo la nariz.

Cabeceo —es una batalla perdida desde el principio— y me siento en el taburete con mi tazón humean-

te, atenta a no quemarme las manos. Observo a Filippo desde aquí: su cuerpo esbelto y musculoso, su pelo rubio, ligeramente ondulado gracias a una capa de gel. Me gusta cada vez más, me gusta compartir con él nuestros rituales, el universo familiar de nuestras pequeñas costumbres. Puede que el amor deba ser así y a medida que pasa el tiempo estoy cada vez más convencida de que nosotros podríamos pasar la vida juntos sin sufrir el desgaste de la rutina, como les sucede a ciertas parejas.

—¿Por qué me miras? —pregunta arqueando una ceja.

—Te miro porque eres guapo —contesto bebiendo a sorbos mi té.

—¡Pelota! —Se acerca a mí y empieza a pellizcarme los costados y a besuquearme en el cuello. Luego se sienta en un taburete a mi lado, enciende el iPad y empieza a hojear las páginas de los diarios a los que está abonado. El habitual resumen de prensa matutino.

—No sé cómo puedes leer en esa cosa —observo, perpleja.

—Es mucho más cómoda que los periódicos, que ocupan mucho espacio y, además, son antiecológicos. —Roza con los dedos la pantalla como si estuviese tocando el piano.

—Yo prefiero el papel —afirmo convencida.

—Porque eres una antigua. —Filippo apura de golpe su café y una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios—. Pero, bueno, eres restauradora...

—No acepto las provocaciones —contesto con altivez.

No dejamos de discutir sobre cuál de nuestros trabajos es más útil e importante: yo me dedico a conservar el pasado y él, como arquitecto, proyecta el futuro. En pocas palabras, dos profesiones opuestas y, en consecuencia, una controversia interminable.

—¿Qué haces esta noche? —le pregunto a la vez que mojo una galleta de arroz en el té.

—No lo sé, querida... Ni siquiera sé a qué hora acabaré en el estudio —responde distraído sin apartar los ojos de la tableta.

—Estos arquitectos visionarios... Inventan el futuro, pero no consiguen proyectar más allá de las siete de la tarde... —comento en voz baja mordiendo la galleta y reprimiendo una sonrisita sarcástica. No acepto las provocaciones, pero, si se presenta la ocasión, no me privo de dar una pequeña estocada.

Filippo alza por fin la mirada de la pantalla. *Tou-ché.*

Le revuelvo el pelo, sabedora de que eso lo enfurecerá. De hecho, alarga una mano hacia mí, me agarra un brazo y me lo inmoviliza en la espalda.

—De acuerdo, Bibi, tú te lo has buscado. —Con la otra mano empieza a hacerme cosquillas en las costillas y en la base del cuello. Me río y me escabullo como una anguila. No lo resisto, así que no tardo en pedir piedad. Filippo me suelta de golpe y mira el reloj.

— ¡Caramba, se ha hecho tardísimo! — En un instante apaga el i-Pad y lo guarda en la funda como si se tratara de una reliquia.

— Corro a cambiarme — digo cayendo en la cuenta de que aún estoy en pijama —. Si me esperas salimos juntos...

— No puedo, Bibi — suspira abriendo los brazos —. Debo estar en el estudio dentro de media hora. Tengo una cita con un cliente. Quería verme pronto, maldito sea...

— De acuerdo — acepto tratando de que se apiade con la carita triste y resignada que pongo cuando quiero inspirarle ternura —. Vamos, vete..., aunque ahora me veré obligada a ir sola... — lloriqueo.

— Bueno, supongo que ya sabes cómo funciona el metro — dice sarcásticamente.

No niego que Filippo tiene razón, porque no tengo, desde luego, el sentido de la orientación de un boy scout — a decir verdad, tengo una marcada propensión a perderme y a subir a los medios de transporte equivocados —, pero pasar de la dimensión poco menos que pueblerina de Venecia al caos de Roma se puede considerar un atenuante, ¿no?

— ¡Tonto! — Hago una mueca y luego lo atraigo hacia mí —. Que tengas un buen día — susurro acercando mis labios a los suyos.

— Nos vemos esta noche, Bibi. — Su beso me deja en la boca un sabor delicioso a café mezclado con pasta dentífrica.

El día ha empezado bien, así que me dirijo a la parada del metro con paso resuelto, como si tuviese que enfrentarme a un terrible adversario. Pero lo conseguiré, lo sé, a pesar de que el sol, que ya está alto en el cielo, me exige que frene el paso y disfrute del paseo. El EUR es un barrio moderno. El verde intenso de los jardines se funde con el asfalto de las aceras, y el cemento de los edificios da una sensación de tranquilidad racional, pese a que el tráfico es caótico. Todo es nuevo para mí, que estoy acostumbrada a un paisaje urbano, y es decir poco, distinto —las plazas desiertas, los *vaporetti* que pasan cuando les parece, los puentes abarrotados de turistas—, y aún camino alzando la nariz cada vez que recorro el trayecto que va de mi casa al trabajo. Bajo las escaleras del metro y entro decidida en el túnel subterráneo, en dirección a Rebibbia. Siempre tengo miedo de equivocarme, ¡aquí abajo todo parece tan confuso! Me he perdido en más de una ocasión, pero el error más grave fue telefonar a Filippo para pedirle ayuda: ese único y desesperado SOS me ha condenado a ser su pelele (creo) para el resto de mi vida.

Me siento a esperar el tren en el banco de hierro que hay en el andén. Observo a las personas que me rodean tratando de adivinar adónde van y en qué trabajan. Era el juego con el que Gaia y yo, cuando éramos niñas, nos entreteníamos mientras viajábamos en *vaporetto* después del colegio. A saber qué estará haciendo ella ahora. Me la imagino caminando como una exhalación por las

calles subida a sus Jimmy Choo de tacón de doce centímetros, ataviada con un vestidito, y acompañando a la enésima japonesa multimillonaria en una extenuante sesión de compras matutinas. A pesar de que hablamos a menudo, echo mucho de menos a Gaia: su sonrisa sincera, sus expresiones intensas, sus abrazos impetuosos, incluso sus dictados en cuestión de moda y estilo. Puede que su amistad sea la única cosa que añoro de verdad de Venecia. Por lo demás —excluyendo a mis padres, claro está—, no veía la hora de salir de esa ciudad. Apenas puedo creer que dentro de cinco días cumpliré treinta años: apagaré mi trigésima velita en Roma y la idea me excita, a mí, que jamás me han gustado esas celebraciones. Siento que he llegado a un momento crucial de mi vida. Para una mujer, abandonar las orillas seguras de los veinte supone siempre un trauma, pero yo estoy segura de haber pasado a la edad adulta con los mejores presupuestos: un nuevo amor, una nueva ciudad, una nueva vida. Si la felicidad existe, no debe de quedar muy lejos de aquí.

Por fin llega el metro. Es hora punta, pero aún quedan varios asientos libres. Me abro paso con agresividad, dando codazos a la gente, y consigo sentarme entre una señora regordeta y un adolescente lleno de granos. De pie, delante de mí, se planta un joven vestido con una camisa ligera. Está de espaldas y me tapa con su mole, al punto que ni siquiera puedo ver la pantalla luminosa que anuncia las paradas. Hasta el Coliseo deben de quedar

unas diez; me resigno a contarlas con los dedos con la esperanza de no equivocarme.

De pronto, me doy cuenta de que no puedo apartar los ojos de la espalda del muchacho. Algo familiar me atrae: la camisa, los hombros, el pelo oscuro. Si no fuese tan joven, podría tratarse de Leonardo. Su recuerdo me atraviesa como un rayo y una sombra se desliza en mi interior. Alrededor todo se torna opaco. Empiezan a materializarse en mi mente los recuerdos de los momentos que pasamos juntos, unas instantáneas en blanco y negro que me asaltan a toda velocidad, como insectos molestos; los ahuyento de inmediato sacudiendo la cabeza. «Prehistoria», musculo. A estas alturas no sirve de nada preguntarse dónde puede estar Leonardo ni si nuestra relación podría haber acabado de otra forma. Y tampoco tiene ya sentido añorar las emociones que él me provocaba: el vacío en la barriga antes de verlo, la sensación de descubrimiento constante y la excitación de nuestras citas clandestinas. Todo se ha terminado, se ha perdido para siempre.

Puede que aún no esté preparada para mirar atrás y recordar con absoluto desapego esa historia. Pero, al menos, ahora, cuando pienso en él, ya no entro en crisis ni me quedo paralizada con el corazón encogido y un nudo en la garganta, como me sucedía hace tres meses. Me he levantado de nuevo y he vuelto a empezar desde el principio, como cuando uno se recupera de una buena gripe. He aprendido a manejar esas emociones, a des-

montarlas pieza a pieza. El dolor ha ido disminuyendo con el tiempo, como sucede siempre — pese a que después de haber sufrido un trauma pensamos que jamás lo superaremos — y ahora puedo ver a Leonardo tal y como es: un amor que pertenece a la vieja Elena, inadecuado y que nunca volverá. También me siento una mujer más sabia y segura. Al lado de un hombre mejor. Al lado de Filippo.

Me apeo en la parada del Coliseo, en la calle de los Fori Imperiali, donde subo al autobús que me llevará al trabajo. Mientras tanto, Roma fluye ante mis ojos: su magnífica y descuidada belleza no deja de asombrarme y de conquistarme día a día. Estratos de arte e historia que han ido creciendo caóticamente unos sobre otros; esta ciudad recuerda a una señora que ha decidido lucir todo su guardarropa de una sola vez, mezclando épocas y estilos, vacilando entre esconderse y exhibirse por completo.

El autobús corre ruidosamente por los adoquines y se adentra con lentitud en la rotonda de la plaza Venezia, donde los coches circulan a cualquier hora del día y de la noche en un vals infinito. Bajo en Largo Argentina y me alejo de la parte posterior de la avenida Vittorio Emanuele por los callejones estrechos que se abren a los lados. El centro de Roma es un dédalo de calles retorcidas que aturden y desorientan, pero que, en todo caso, desembocan siempre en una plaza airosa y espectacular que nos deja maravillados. He aprendido a no

temerlas. Pese a que continúo perdiéndome y sigo distintos recorridos, sé que tarde o temprano aparecerá el reconfortante perfil del Panteón o el alargado de la plaza Navona, confirmándome que voy por el camino correcto.

Me encuentro en la plaza San Luigi dei Francesi, mi destino, con solo diez minutos de retraso. Me han explicado que en Roma es normal llegar un cuarto de hora tarde a las citas, incluso necesario: en una ciudad como esta, laberíntica y minada por el tráfico, nadie exige puntualidad y llegar justo a la hora puede incluso ser considerado una demostración de meticulosidad rayana en la mala educación.

Paso al lado de un grupo de religiosos entre los que reconozco al padre Sèrge, uno de los sacerdotes que celebran misa en San Luigi.

— *Bonjour, mademoiselle Elenà* — me saluda esbozando una sonrisa blanquísima, que destaca en su tez oscura.

San Luigi es la iglesia de la comunidad gala de Roma y el párroco es un francés de origen senegalés. Le devuelvo el saludo inclinando la cabeza y me dirijo a la entrada apretando el paso. Si no fuese por la imponente cruz que hay en el tejado, la fachada, con sus columnas corintias y sus estatuas de piedra encerradas en elegantes nichos, podría ser la de un palacio neoclásico, y no la de un lugar de culto.

Empujo el portón de madera y paso de la luz del día a la penumbra del interior. Todas las mañanas pienso

que es un privilegio increíble poder entrar en este templo del arte. Aquí se guardan tres de los cuadros más célebres de Caravaggio: *El martirio de san Mateo*, *San Mateo y el ángel* y *La vocación de san Mateo*. He pasado horas enteras estudiándolos en los manuales, pero nunca los había visto antes de venir aquí a trabajar, de manera que ahora me parece inaudito el mero hecho de pasar a diario por delante de ellos, camino de la capilla que estoy restaurando, que está justo al lado. Así pues, pese a la humedad, a los polvos y los disolventes que dañan mi piel hipersensible; al mono encerado, que crea un efecto invernadero devastador alrededor de mi cuerpo; a los andamios, poco seguros; al padre Sèrge, que viene cada hora para vigilar las obras; y al vaivén incesante de personas, me siento realmente afortunada de trabajar aquí.

El encargo se lo debo a la amable indicación de Borracini, quien, en calidad de directora del Instituto de Restauración de Venecia, tiene contactos influyentes en el mundo de los bienes culturales. Cuando la llamé para saber si podía haber algo en Roma para mí, me encontró enseguida este prestigioso trabajo con un par de llamadas telefónicas, sin siquiera levantarse del escritorio de su despacho veneciano.

—He encontrado lo que necesitas —me anunció al cabo de menos de una hora en tono resuelto y tranquilizador—. Procura no decepcionarme, mi querida Elena. Trabajarás con Ceccarelli. Hace tiempo fue alumna mía

y ahora es una de las mejores restauradoras de Roma. Por lo general prefiere trabajar sola, pero si logras que no te despida y, sobre todo, que no te *apabulle* con su carácter, que es terrible, aprenderás mucho con ella —concluyó en tono casi intimidatorio.

Así pues, gracias a la intercesión de la profesora más temida de Venecia, estoy aquí, suspendida en este andamio inestable, armada de esponjas, pinceles y gomas abrasivas para ocuparme de *La adoración de los Magos*, de Giovanni Baglione, un pintor romano que vivió entre finales del siglo XVI y principios del XVII. A pesar de que fue uno de los principales biógrafos de Caravaggio, acabó convirtiéndose en su peor enemigo y lo llevó incluso a los tribunales. El temperamento imprevisible del artista lombardo fue el que encendió los ánimos. Caravaggio escribió un cuaderno de poemas satíricos para ridiculizar a Baglione y acusarlo de plagio. Este lo denunció por difamación, hecho que costó a Merisi da Caravaggio un mes de cárcel. Varios siglos más tarde, los dos acérrimos enemigos se volvieron a encontrar en esta iglesia, uno al lado del otro, separados tan solo por una pared. Si existe un más allá, supongo que Caravaggio se estará desquitando, dado el número de visitantes que vienen a diario a admirar su capilla y que apenas dedican una mirada distraída a la que decoró el pobre Baglione.

—¿Empezamos o piensas pasarte el día de contemplación? —La voz de Ceccarelli, la mejor restauradora (y, como he tenido ocasión de comprobar, el peor carác-

ter) de Roma, me saca de mis ensoñaciones con su habitual tono expeditivo y su marcado acento romano. Desde que la conocí no he dejado de preguntarme si Borraccini quiso hacerme un favor o poner a prueba mis nervios...

Me vuelvo de golpe y quedo atrapada por su mirada severa, medio oculta tras las extravagantes gafas con la montura de color verde ácido. Paola es una cuarentona alta y desgarbada, lleva el pelo con mechas, casi siempre recogido en una coleta o sujeto con un palito, lo que le confiere un curioso aire de matrona romana. Es rígida y huraña, pero también un verdadero monstruo en nuestro campo. Conoce como pocos el secreto de los colores, consigue intuir el alma más profunda de un fresco y devolver a cada detalle su máximo esplendor. Por desgracia, es más que consciente de su talento y no se lo piensa dos veces si debe echarme en cara que he mezclado mal los colores o regañarme si me entretengo demasiado con un detalle. Habla poco, pero cuando lo hace es directa y cortante, y siempre me suscita una especie de temor reverencial. Con todo, intuyo que Paola puede ser muy distinta de lo que pretende dar a entender.

—¿Qué demonios estás haciendo, Elena? —Su voz estalla, rompe como una ola a mi espalda.

Me disponía a pintar el manto de la Virgen, pero me vuelvo de inmediato con el pincel suspendido en el aire y veo que sus ojos de color avellana me están fulminando bajo los cristales, a la vez que en sus mejillas

se han dibujado dos surcos duros alrededor de su boca de labios finos.

—Antes haz una prueba. No estoy muy segura de que sea idéntico —prosigue señalando con la barbilla el cuenco donde tengo el color azul claro.

—De acuerdo... —le respondo en tono conciliador, pese a que ya he hecho no sé cuántos intentos. Doy una pequeña pincelada en la túnica de la Virgen—. No me parece tan diferente... —observo. El color coincide a la perfección con el original del fresco.

Paola se acerca para verificarlo. Mira primero la muestra, después a mí y, al cabo de un instante que me parece infinito, su cara recupera su habitual expresión: cabreada con el mundo en general, no solo conmigo.

—Acuérdate de anotar en el diario las cantidades exactas de polvos —dice volviendo a su fresco, *La anunciación*, de Charles Mellin, que ocupa la otra pared de la capilla.

—Está bien. Luego lo haré. —Me gustaría responderle que no necesito anotarlas cada vez, que me las sé de memoria, pero me callo.

Lo que Paola denomina diario y conserva con una atención poco menos que religiosa es un cuaderno con la tapa de cartón y las hojas blancas y sin rayas. Todas las mañanas, antes de empezar a trabajar, escribe al principio de la página la fecha del día y a continuación anota —o me obliga a anotar— todas las cantidades de pigmentos que hemos usado en las mezclas. Antes de conocer a Pao-

la yo creía que era un caso clínico de meticulosidad y perfeccionismo en el trabajo, pero he cambiado de opinión. La verdad es que lo peor no tiene límites. Al principio su escrupulosidad extrema me asustaba, pero después me adapté a ella y al final —en pleno síndrome de Estocolmo, lo reconozco— he aprendido a apreciarla.

Con todo, no hemos tenido ocasión de conocernos mejor fuera del trabajo. He intentado entablar amistad con ella invitándola a beber algo o a dar un paseo por el centro durante las pausas, pero ella siempre se ha negado. Por lo visto quiere mantener las distancias y que nuestra relación se circunscriba a una pura y fría formalidad profesional. Sin embargo —no sé por qué, dado que la realidad muestra justo lo contrario—, estoy convencida de que detrás de esa máscara de hierro se esconde un alma sensible. Lo intuyo por la manera en que sujeta el pincel con los dedos o por la gracia con que lo hace resbalar por el fresco: acaricia los perfiles y las sombras con la ligereza de una pluma.

Trabajamos toda la mañana dándonos la espalda, cada una de cara a su respectivo cuadro. Los únicos ruidos que se oyen aquí son los pasos de las personas que recorren las naves y el tintineo de las monedas al caer en la máquina que enciende las luces de las obras de Caravaggio. Me paro un momento para ponerme unas gotas de colirio en los ojos y para echar un vistazo al móvil. Tengo un mensaje de Filippo:

Tras haber efectuado unos atentos y detallados análisis, el visionario proyectista del futuro ha concebido una velada con aperitivo y cine. En el Farnese ponen una de Tarantino. ¿Nos vemos en mi despacho?

El estudio de Filippo se encuentra en la calle Giulia, a pocos pasos de aquí. A menudo me acerco después del trabajo, tomamos un aperitivo en Campo de' Fiori y luego vamos al cine a la primera sesión, así aún nos queda tiempo para volver a casa en metro. Ahora que las noches son más cálidas ninguno de los dos tiene ganas de encerrarse en casa, de manera que su propuesta me gusta, como de costumbre.

De acuerdo. Hasta luego. Beso

Guardo el teléfono y me vuelvo a concentrar en el trabajo.

—Ojalá existiese un programa como Photoshop específico para nosotras —pienso en voz alta mientras matizo con un poco de blanco la túnica de María—. Menudo chollo...

Paola esboza una sonrisa:

—No estoy segura, ¿sabes? Creo que al final echaría de menos la manualidad. —Se aproxima a la parte que estoy tratando y la escruta atentamente, centímetro a centímetro—. Te aconsejo que limpies también con cuidado las manchitas de residuo —señala un punto en

la pared con la mano enguantada —, si no será un lío cuando apliques el color.

— Por supuesto. — Sé de sobra lo que debo hacer, pero ella no pierde la ocasión de recordármelo. A continuación se quita los guantes y empieza a guardar las herramientas.

— ¿Te vas ya? — pregunto abriendo desmesuradamente los ojos. Paola abandona siempre el campo después que yo.

— Sí. ¿No te acuerdas? — Cabecea para liberar el pelo del pasador —. Esta tarde no vengo.

— Ah, sí, es verdad. — Claro..., hace unos días me dijo que tenía un compromiso. No tengo la menor idea de qué puede ser y me he guardado muy mucho de averiguarlo —. Nos vemos mañana, entonces.

— Hasta mañana. — Me saluda con un ademán y se aleja, calzada con sus deportivas.

Por la tarde no rindo como debería, por un lado porque a las cuatro el padre Sèrge celebra, en presencia de un nutrido grupo de fieles, una misa interminable en francés que me distrae, por otro porque mi atención empieza a resentirse y a mis ojos les cuesta cada vez más concentrarse en los detalles. De esta forma, mientras espero a que lleguen las seis y media para reunirme con Filippo, me entretengo observando a las personas, escribo escrupulosamente en el diario, preparo los pigmentos que usaré mañana y ordeno mis instrumentos con más calma de la necesaria.

De cuando en cuando mi mirada se cruza con la de un joven que, desde hace varios días, entra en la iglesia y se detiene varias horas delante de los cuadros de Caravaggio, indiferente a los turistas que pasan por delante de él.

He notado que tiene un extraño cuaderno de dibujo con la tapa de color azul eléctrico y que lo usa para tomar apuntes o dibujar bocetos a lápiz. Cuando acaba arranca las hojas y las guarda en una carpeta de cartón con elástico. Como mucho, debe de tener veinte años, aunque puede que sea aún más joven. Hoy va vestido con unos vaqueros ajustados, con la pernera metida en unas All Star de cuadros, y una camiseta negra lisa. En una muñeca lleva dos pulseras de cuerda y un piercing le ilumina la ceja izquierda. No es muy alto, pero sí filiforme, tiene el clásico cuerpo del estudiante un poco neurótico y genial, los músculos de los brazos apenas marcados, la piel pálida, el busto ligeramente curvado hacia delante.

Me acaba de sonreír. Una sonrisa tímida y casi imperceptible que equivale a un hola y que significa: «Creo que ya podemos saludarnos... Nos conocemos, dado que hace cinco días que nos encontramos en el mismo sitio». Me gustan sus ojos grandes y oscuros —son vivos, resplandecen— y también sus cejas tupidas, al igual que la mata de pelo castaño levemente ondulada. La boca, grande y carnosa, confiere un toque exótico a su rostro.

Puede que no sea un estudiante, sino un aspirante a pintor. Muchos jóvenes vienen a esta iglesia para admirar las obras de arte, pero él es diferente: las estudia con una dedicación especial, escribe febrilmente en sus hojas o lee durante horas unos manuales que subraya como si pretendiese grabar en la memoria cada una de sus líneas.

Son las seis y cuarto, y está saliendo. En este instante decido marcharme yo también, de nada sirve que me quede más tiempo... Estoy hecha polvo. Me quito el mono, me peino y salgo a la nave. Las suelas de mis sandalias de cuero resuenan en el pavimento de mármol, así que tengo que caminar suavemente para atenuar el ruido.

Cuando paso al lado del joven veo que se le ha caído un folio de apuntes de su cartera amarilla. Lo recojo y, antes de que se me escape, me apresuro a pararlo tocándole con dos dedos en un hombro. Él se vuelve sorprendido.

—Perdona, pero se te ha caído esto —digo tendiéndole la hoja.

—Gracias. No me había dado cuenta. —Se sonroja. Parece un poco cohibido. Se rasca la cabeza con una mano, después coge el folio, lo dobla y lo mete bajo el elástico de la carpeta.

—He observado que vienes por aquí desde hace unos días —prosigo mientras salimos de la iglesia—. ¿Estudias?

—Sí. Estoy en el primer curso de la Academia de Bellas Artes. —Está tenso, me doy cuenta por la mane-

ra en que mueve los ojos sin parar—. Estoy haciendo un estudio sobre el ciclo de san Mateo —especifica carraspeando.

—Me lo imaginaba. —Le regalo una sonrisa amistosa, instintivamente me cae bien.

—Tú, en cambio, eres restauradora. —Me observa con admiración, hasta tal punto que casi me entenece. Después me da la mano y añade con voz afable—: Bueno, encantado, me llamo Martino.

—Elena. —Le estrecho la mano, cálida.

—¿Y ese acento? ¿De dónde eres?

—De Venecia.

—Claro... Supongo que te has mudado aquí por trabajo...

—No solo... —Le sonrío—. También para estar con mi novio.

—Ah. —Asiente con la cabeza, parece algo decepcionado.

Permanecemos unos segundos en silencio, como si los dos estuviésemos pensando qué decir.

—Entonces supongo que nos veremos a menudo durante los próximos días, Martino.

—Sí, creo que sí —contesta él con los ojos brillantes.

—Bueno, te dejo, yo sigo por aquí —digo indicándole mi dirección.

—Y yo por allí —responde con un repentino estremecimiento.

—Hasta pronto, entonces.

—Hasta pronto.

Da dos pasos hacia atrás y se aleja mirando al suelo, con los andares un poco inseguros de los que calzan All Star. Lo miro y veo que se vuelve de nuevo, como si quisiese asegurarse de que me he ido de verdad. Le sonrío, me sonrío. Dado que camina mirando hacia atrás, acaba tropezando con un transeúnte. Se disculpa azorado y echa a andar de nuevo deprisa, con la cabeza gacha, afligido.

Su torpeza me conmueve y despierta mi simpatía: los tímidos nos entendemos enseguida. Hasta pronto, Martino. Creo que hoy he hecho un nuevo amigo.

Hoy Martino ha llegado pronto, con una pequeña cartera de cuero enganchada al cinturón de los vaqueros. Cada dos minutos saca una monedita y oigo el sonido seco que hace el metal al caer contra otro metal, después el clic de la luz que se enciende y, como en un espectáculo de magia, san Mateo emerge de la oscuridad.

Martino estudia, escruta, descompone todos los detalles, se agazapa en los escalones, se abre paso a duras penas entre los turistas y escribe en sus hojas sueltas. Han pasado cinco días desde que nos presentamos oficialmente y su presencia para mí ya se ha convertido en una agradable costumbre, una distracción de la presión continua de Paola.

De cuando en cuando se asoma a nuestra capilla y nos ponemos a hablar de técnicas de restauración y de teorías del color, mientras mi colega sigue concentrada en su trabajo sin pronunciar palabra. A veces, en cambio, Martino me observa con atención, como si yo fuese una obra que debe estudiar, pero eso no me molesta, porque lo hace con los ojos inteligentes y curiosos del que solo desea comprender los secretos del arte. En cierta manera, es diferente de los chicos de su edad, de los que holgazanean por las aceras de la calle del Corso o cruzan como el rayo la ciudad montados en motos trucadas. Martino es tímido, singular en su forma de vestir, pero compuesto en sus modales.

—He visto que hoy te has equipado —le digo señalando la cartera con la barbilla.

Él esboza una sonrisa.

—No entiendo por qué tiene que durar tan poco la luz...

—Pregúntaselo al padre Sèrge —comento soltando una carcajada que irrita de inmediato a Paola. Hago caso omiso de sus gruñidos y me pongo a mezclar los pigmentos rojos para la túnica de la Virgen.

—Quiero una lámpara como la vuestra. —Martino apunta con el dedo el faro halógeno tipo ojo de buey que ilumina la capilla que estamos restaurando como si fuese un set cinematográfico.

—Seguro que el padre Sèrge lo desaprobaría.

A la vez que hablo me pasa por la mente una imagen: la sonrisa de satisfacción del sacerdote cuando, an-

tes de cerrar la iglesia, vacía la hucha. Supongo que los cuadros de Caravaggio y su equipo de iluminación representan una buena parte de los ingresos de San Luigi dei Francesi.

—De acuerdo, pero ¡es un robo! —protesta Martino resoplando—. Esta investigación me está costando una fortuna —dice agitando la cartera casi vacía—. Espero que, al menos, sirva para algo. A Bonfante, mi profesor, nunca le parece bien lo que escribo.

—Yo también tuve una profesora así, nada le parecía bien —le confieso con aire experimentado—. Se llama Gabriella Borraccini. Tenía fama de ser tremenda...

Paola se vuelve bruscamente hacia mí.

—¿Qué pasa? —le pregunto temiendo que nuestra charla la haya molestado.

—Nada... ¿Puedes darme el pigmento rojo, por favor? —pregunta con insólita amabilidad. Le paso el color. Qué extraño, parece turbada, pero no me da tiempo a corroborarlo, porque enseguida se vuelve de nuevo hacia la pared. De manera que retomo mi conversación con Martino:

—Moraleja..., después de varios meses en que ignoré sistemáticamente todas mis peticiones, de pasar horas y horas haciendo cola delante de su despacho los días en que recibía visitas, a final de curso le presenté una tesina sobre Giorgione a la que había dedicado noches enteras, tardes interminables dibujando en las galerías de la Academia y búsquedas infinitas en las bibliotecas más recón-

ditas de Veneto. Pues bien, a partir de ese día la profesora empezó a considerarme una alumna a la altura de sus expectativas.

— ¡Ojalá suceda lo mismo conmigo! Bonfante es un hueso duro de roer... — Martino cabecea. Luego me observa intrigado mientras mezcla los pigmentos con el agua—. ¿Por qué usas esa jarra?

— Tiene un filtro que recoge las impurezas. — Levanto la tapa y se lo enseño—. La cal es terrible para el color. Es un truco que aprendí en Venecia.

— ¿Podéis callaros? — refunfuña Paola, repentinamente alterada. La hemos sacado de sus casillas con nuestro parloteo.

— Tiene razón, disculpe... — dice Martino tratando de calmarla.

Me encojo de hombros y le guiño un ojo, como si le dijese: «No te preocupes, ella es así».

Paola sigue rezongando:

— Sois más ruidosos que las ocas del Campidoglio. — Por si fuera poco, en los momentos de rabia el acento romano resurge con toda su virulencia.

— Quizá sea hora de hacer una pausa — me aventuro a decir, dado que son más de las once y Paola no ha parado ni un momento—. ¿Vamos a beber un café? — pregunto lanzando una mirada de complicidad a Martino.

— Ve tú con el muchachito — responde Paola inflexible—. Yo tengo que acabar aquí — concluye con la voz crispada sin apartar la mirada del fresco.

—De acuerdo, iré yo. Vuelvo enseguida.

Me quito el mono encerado, saco el bolso del cuarto que hay detrás del altar y, acompañada de Martino, salgo de puntillas de la iglesia.

—Madre mía, qué ácida es tu colega.

Una vez fuera, Martino aparta con un soplo el mechón de pelo que le tapa los ojos y me mira esperando instrucciones.

—Vamos al Sant'Eustachio —propongo. Es un bar que está a dos pasos de San Luigi, en la plaza homónima, y que tiene fama de servir el mejor café de Roma.

El sol está alto y el cielo tan terso que parece pintado. En esta época del año el clima de la capital es estupendo: hace calor, pero no demasiado, y una ligera brisa llega de cuando en cuando del mar.

Recorremos la calle de la Dogana Vecchia, pero cuando llegamos a la plaza siento que, de repente, me falta el aliento. Por un instante tengo la sensación de percibir en el aire un aroma familiar, *ese perfume*, ámbar mezclado con una fragancia más intensa y penetrante: Leonardo. Me paro en seco y miro alrededor mientras mi corazón se acelera, pero no veo a nadie que se le parezca. Después, una modelo altísima y embutida en un par de *leggings* negros que no dejan mucho espacio a la imaginación pasa a mi lado cubriendo con su olor descarado cualquier rastro de él.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Intento simular indiferencia, fingir. Pero no debo de hacerlo muy bien, ya que incluso un jovencito como él se da cuenta de que algo no funciona.

—Te has puesto pálida.

—No, imagínate... Es solo que me ha parecido ver a alguien que conozco, pero me he equivocado. —Esbozo una sonrisa tratando de ocultar mi inquietud.

—Puede que Paola nos esté espiando —bromea Martino.

Me río con él, esforzándome por apartar mis sentidos y todas las fibras de mi cuerpo del recuerdo de Leonardo.

Una vez en el café nos acomodamos en la primera mesita que encontramos libre en la terraza y pedimos lo que queremos al camarero, un hombre de pelo cano y mejillas sonrosadas que parece hecho para su oficio. Yo elijo un café de cebada y Martino un *chinotto*.

—Roma es preciosa en primavera —digo exhalando un suspiro y mirando alrededor.

—Pues sí, aunque supongo que Venecia también —comenta Martino—. ¿Sabes que he estado solo una vez? Fuimos de viaje con el instituto y solo me acuerdo de las borracheras y de las vomitonas en el hotel...

—Debes volver como sea, hay tantas obras de arte que te volverías loco tratando de decidir la que quieres ver... —Cruzo las piernas y me arrellano en el silloncito de hierro forjado—. Es más, si quieres ir y necesitas alguna indicación, pregúntame lo que desees. Ya sabes, la conozco bastante bien...

—Quizá me podrías hacer de guía —aventura mirándome el escote. Aunque desvía de inmediato la mirada... Es tímido y tengo que reconocer que su inocencia me seduce.

Sonrío, más enternecida que azorada.

—Puede... —le contesto vagamente a la vez que me ajusto la camiseta como si lo hiciera por casualidad.

Entretanto llega el camarero y apoya con elegancia la bandeja en la mesa.

—Aquí tienen lo que han pedido, señores —dice con una voz grave de barítono. Después de servirnos se queda parado a nuestro lado esperando a que le paguemos.

Martino se apresura a rebuscar en su cartera, pero yo lo detengo con una mano.

—Deja, por favor. Corre de mi cuenta. —Tiendo un billete de diez euros al camarero—. Hoy es mi cumpleaños... —añado en voz baja.

—¿De verdad? —pregunta Martino asombrado—. Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

Cuando el camarero se va, se levanta y me felicita estampándome dos tímidos besos en las mejillas.

—Ya sé que no se debe preguntar la edad a una mujer, pero...

—Treinta justos —respondo antes de que acabe la frase. Su mirada atónita como poco me adula.

—¡Caramba, no los aparentas!

—Gracias. —Cumplidos los treinta, es un placer oírlo.

—Dieciséis de mayo..., eres tauro.

—Pues sí. ¿Y tú?

—Libra. Cumpliré veinte el tres de octubre.

También él parece más joven, pero no se lo digo, porque imagino que no le causará el mismo placer que a mí. Apuro mi café y valiéndome de la cucharita empiezo a atormentar los restos de azúcar moreno que hay en el fondo de la taza.

No puedo evitarlo: estoy pensando en el olor que noté hace poco. Me ha vuelto a la mente de improviso, como si me hubiese impregnado la memoria.

—Ya está, otra vez. —Martino me observa como si fuese un misterioso objeto de estudio.

—¿A qué te refieres? —le pregunto sorprendida.

—A la expresión extraña que pones de vez en cuando. Lo noto, ¿sabes? Te ausentas de repente, como si estuvieses persiguiendo un deseo lejano, inalcanzable. La pusiste hace poco, cuando te paraste en la calle. —Me escruta guiñando los ojos—. Pareces triste, Elena. Se diría que a veces te atormenta un dolor secreto.

Sus palabras me turban, porque ha dado en el clavo. Me doy cuenta de que la herida sigue abierta en mi corazón: Leonardo. Pese a que me cuesta reconocerlo, aún no ha cicatrizado y probablemente nunca se cerrará del todo.

—Nadie me ha dicho nunca eso —observo simulando mi turbación con una sonrisa.

—Es un cumplido —replica Martino sonriendo a su vez—. Esa extraña melancolía te embellece aún más...

—Se ruboriza, como si se sintiese cohibido por las palabras que se le han escapado de la boca.

—Bueno..., gracias. ¡Ese cumplido es el primer regalo que recibo hoy! —Lo saco del apuro soltando una carcajada. Me levanto—. Se me ha hecho tarde. Será mejor que volvamos, si no Paola me soltará una buena...

—Sí, vamos. —Martino no insiste y recoge aprisa sus cosas. Por hoy ya ha ido demasiado lejos.

Cuando, a última hora de la tarde, vuelvo a casa, Filippo me está esperando arrellanado en el sofá; tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el cojín estampado con la imagen en blanco y negro de Manhattan. Se ha quitado la chaqueta y la corbata, y las ha tirado al sillón. Se ha desabrochado el cuello de la camisa. En un primer momento creo que se ha quedado dormido, pero después veo que está moviendo un pie descalzo y canturreando en voz baja *Via con me*, de Paolo Conte, una de nuestras canciones preferidas. De hecho, tiene los auriculares puestos.

Lo contemplo durante casi un minuto. Una luz tenue ilumina su rostro afable. Mirarlo me serena. Quizá sea feliz de verdad, por primera vez en mi vida. Feliz de pertenecerle a él, a este lugar, feliz de todo lo que me rodea. Apenas me acerco al sofá, Filippo abre los ojos de golpe. Se desentumece, sonrío y me dice:

—Felicidades, Bibi.

— ¡Gracias, Fil! Aunque ya me has felicitado esta mañana... — respondo quedamente dejando el bolso en la alfombra de lunares.

Filippo exhala un suspiro y abre los brazos.

— Ven aquí, ¡abrázame!

Me atrae hacia él y yo me dejo caer sobre su cuerpo caliente. Me acaricia la boca con un tierno beso y a continuación saca de debajo del cojín un sobre blanco con el dibujo de una margarita.

— Es para ti — susurra esbozando una amplia sonrisa que deja a la vista sus dientes perfectos.

Abro el sobre. Dentro hay un bono para un fin de semana en la Toscana.

— Caramba, Fil, ¡gracias! ¿Vamos entonces? — exclamo abrazándolo impulsivamente. Es una auténtica sorpresa... Lo beso con pasión saboreando de antemano la velada que vamos a pasar juntos, los dos solos, comiendo porquerías y haciendo el amor.

Pero mi regalo de cumpleaños no se acaba aquí. Filippo ha organizado en mi honor una cena con varios amigos en uno de los mejores restaurantes de Roma.

— Treinta años son treinta años — recalca con énfasis—. Y hay que celebrarlo como se debe... ¡Me parecía lo mínimo!

— Cuidado... ¿No me estarás mimando demasiado? — A decir verdad, habría preferido que pasásemos la velada solos, pero he de reconocer que es otro detalle precioso, de manera que prefiero no echar por tierra sus

planes. Le cojo la cabeza entre las manos y lo besuqueo en la cara—. Soy feliz, feliz de estar contigo.

—Yo también, Bibi. —Me acaricia el pelo con los dedos—. Y, si puedo decirlo, me alegra también que ya no seas vegetariana. Antes siempre era difícil invitarte a algún sitio...

Sonríó al pensar en todas las manías que Filippo ha tenido que soportar durante las comidas y las cenas que hemos compartido desde que somos amigos. Sé que, en cuestión de alimentos, antes era aburrida y pedante como pocas... ¡Menos mal que me he convertido!

—Eres la primera persona que veo cambiar de opinión sobre ese tema de buenas a primeras —prosigue mientras nos levantamos del sofá—. Aún no entiendo qué fue lo que te sucedió; así, de repente.

—Yo tampoco. —Salgo del aprieto esbozando una sonrisa, pero en mi interior se insinúa, avasalladora y absoluta como siempre, la imagen de Leonardo. Si no lo hubiese conocido, quizá aún sería vegetariana. Si no lo hubiese conocido, sería aún la vieja Elena y mi mundo seguiría siendo en blanco y negro, sin sabor, sin consistencia, sin olor.

Antes de salir dedico un poco de tiempo a hablar con Gaia por Skype. Después de bromear sobre mis treinta años —ella los cumple dentro de seis meses, de manera que se siente autorizada a comportarse todavía como una cría—, me cuenta cómo le va con Belotti, el ciclista.

Escuchar sus historias coloridas y picantes me produce siempre un poco de sana euforia. Además, ella y yo estamos unidas por un doble hilo: soy feliz si ella es feliz. No quiero que haga gilipolleces por un tipo que sigue sin convencerme del todo y que tal vez ni siquiera se la merece.

—Entonces, ¿os habéis visto o no? —pregunto muerta de curiosidad.

—Sí. Una vez —dice enrollando un mechón rubio con el dedo índice. Noto que se ha pintado las uñas de rojo, el esmalte preferido de Belotti, como no deja de recordarme siempre.

—¿Y dónde, si se puede saber?

—Fui a su apartamento de Montecarlo, poco antes de que empezase el Giro. Hicimos el amor toda la noche, y también al día siguiente. —Sus ojos verdes resplandecen de pura alegría—. ¡Fue fantástico, Ele!

Cuando Gaia pone ciertas caras es inútil seguir indagando. Salta a la vista que Samuel Belotti, además de guapo, debe de ser también un fenómeno en la cama.

—¿Y ahora?

—Ahora está *off limits* —dice exhalando un suspiro—. ¡No puedo estar con él durante el Giro de Italia! Me ha prohibido que vaya a verlo. Dice que podría comprometer los resultados de su actuación.

—Menudo capullo...

—Bueno, está justificado, ¡es una orden del entrenador del equipo! Así que más vale que me olvide de él

hasta mediados de junio. — Se encoge de hombros—. Pero la verdad es que desde esa noche hablamos más a menudo que antes.

— Eso es positivo. — Puede que las intenciones de Belotti sean serias, pero no pondría la mano en el fuego por él—. ¿Y no piensas nunca en Brandolini? Si no quieres, no me contestes.

— De vez en cuando. Me vi con él en Rialto hace unos días. — Se acaricia la frente, como si ese hecho la avergonzase—. Pero no vuelvo atrás. Si hubiese seguido con él, habría sido una hipócrita.

Asiento con la cabeza, comprensiva.

— ¿Y con Filippo cómo va? — me pregunta enseguida, como si quisiera cambiar de tema.

— Bien. — Asiento con la cabeza sonriendo—. Tan bien que apenas me lo puedo creer.

Debo de tener un aspecto radiante, porque ahora ella también sonrío.

— Siempre he dicho que estabais hechos el uno para el otro. Te veo feliz, Elena. Te lo mereces, de verdad.

Gaia es la única persona que sabe todo sobre Leonardo y cuando rompí con él me ayudó mucho. Sé que para ella supone un verdadero alivio verme por fin fuera del túnel de dolor e incertidumbre en el que me precipité.

— ¿Cuándo piensas venir a vernos?

— Pronto, te lo prometo.

— Te espero. No me engañes, ¿eh? — Echo un vistazo al reloj de la pantalla y veo que ya son las ocho y media.

Es tardísimo, tengo que darme prisa—. Debo colgar. Filippo ha organizado una cena con varios amigos para festejar mi cumpleaños.

—¿Y después de cenar? ¿Seguiréis celebrándolo solos? —pregunta en tono malicioso.

—No lo sé..., espero que sí —le digo guiñándole un ojo—. Ahora, sin embargo, debes disculparme, voy a intentar restaurar como pueda este cuerpo de treintañera viejo y cansado.

—Diviértete. Y haz todo lo que haría yo... Hasta pronto.

—Un beso, Gaia.

—Adiós, Ele. ¡Un beso!

Cuelgo y voy a prepararme para la velada. Elijo un vestido negro de tirantes muy finos, unas sandalias de color azul eléctrico —cuyo tacón me hace superar el metro y setenta y cinco— y un chal de seda. Me echo un poco de Chloé en el dorso de las manos, un truco que me enseñó Gaia en el instituto. «Como gesticulas un montón cuando hablas, esparcirás el perfume en el aire». Aún tengo grabadas en la mente las palabras que me dijo en el pasillo del colegio.

Después me precipito al cuarto de baño para lavarme los dientes —llego tarde, como siempre— y empiezo las operaciones de maquillaje siguiendo también las instrucciones de mi amiga: aplico con cuidado en la boca un pintalabios de color rosa melocotón y lo fijo con un

pañuelo de papel, luego completo la obra con un brillo transparente. Intensifico la mirada oscureciendo los ojos con la sombra (¿no estaré exagerando?) y después me doy un toque de colorete en las mejillas, la frente y la barbilla. Una pizca de corrector y estoy lista. Espero no parecer un payaso..., pero en cuanto me veo en el espejo sonrío y compruebo que estoy bastante mona. Puede que, a la venerable edad de treinta años, por fin haya aprendido a maquillarme.

Vuelvo a la habitación y hurgo en el armario buscando el bolso de mano de piel azul, lo compré en una tienda veneciana en un arrebatado de locura y me apetece desempolvarlo. Lo encuentro completamente aplastado bajo una pila de *Architectural Digest*. Despotrico contra Filippo y su proverbial desorden. Le devuelvo la forma con unos golpecitos y meto el iPhone, el brillo de labios, el espejito, las tiritas para las ampollas (¡jamás las olvido cuando me pongo un par de zancos!) y un paquete de mis palitos de regaliz preferidos (los llevo siempre, son una suerte de amuleto). Al final se cierra por un pelo.

Me abrocho en la muñeca la pulsera Tennis que me regaló Filippo cuando nos reconciliamos, me pongo las sandalias y voy a la sala. Él me está esperando en el sofá: pantalones de algodón azul oscuro, camisa blanca arremangada hasta el codo y el aire tranquilo de quien se ha vestido en un santiamén. Afortunado él, que le basta una pizca de gel para tener esa facha.

El restaurante que ha elegido Filippo me gusta enseguida: tiene una atmósfera chic y original sin resultar aséptico, como muchos locales de moda. La decoración es estilo *liberty*. El obrador de pastelería está a la vista, en la barra de ónix —iluminada por detrás— se exhiben centenares de botellas de vino, el comedor tiene el techo abovedado, las sillas y los manteles son blancos y están adornados con flores frescas. En el segundo piso hay una amplia terraza con una maravillosa vista del Testaccio. Cenamos en ella.

En la mesa estamos todos serenos y relajados. La compañía es agradable, pese a que me cuesta un poco sentirme a mis anchas. A pesar de que conozco a los colegas de Filippo bastante bien y los he visto ya otras veces, en el fondo siguen siendo unos desconocidos para mí. Alessio es un hombre atractivo de treinta y siete años, un poco entrado en carnes, y está casado con Flavia, una rubia más bien llamativa que trabaja para una televisión local. Giovanni, en cambio, es un tipo esmirriado y con entradas, tiene la edad de Filippo y una novia, Isabella, que es una chica muy dulce, recién licenciada en Medicina. Riccardo, el jefe, es un solterón impenitente decidido a no renunciar a su estatus pese a las canas y los cuarenta años más que pasados. Cada vez que lo veo lo acompaña una «amiga» distinta. Esta noche es una pelirroja silenciosa con los pómulos probablemente retocados y un par de piernas espléndidas. Pese a que hacen todo lo que pueden para mostrarse amables

conmigo —y son realmente simpáticos e interesantes—, a veces tengo la impresión de que nunca podré ser una de ellos, porque falta la afinidad casi química que solo puede nacer entre los que se conocen desde siempre y han pasado muchas cosas juntos. Estos son los momentos en que más echo de menos a Gaia.

Después de haber examinado con atención la lista de vinos y el menú, elegimos las entradas: *arancini* de arroz con *caciocavallo* y azafrán, y montaditos de huevas de atún, limón, tomate y albahaca. Filippo pide además el mejor champán. El camarero, vestido con una chaqueta blanca y una pajarita de seda negra, nos felicita por la magnífica elección. Unos minutos más tarde regresa con nuestros platos y con una botella de Piper-Heidsieck de añada.

Mientras Alessio llenas las copas, Filippo se yergue en su silla y adopta una expresión casi solemne. Levanta su copa y exclama con convicción: «Por mi *novia*», y todos se suman al brindis.

Me pongo roja como un tomate y tengo que taparme la cara con una mano. No sé si matarlo o comérmelo a besos. Es la primera vez que lo oigo pronunciar esa palabra. A pesar de que llevamos un mes y medio viviendo juntos y nuestra relación es oficial desde el primer día, me impresiona oírsele decir.

Con una sonrisa forzada, levanto mi copa y brindo yo también. Filippo me besa en los labios y yo le devuelvo el beso, pese a que ciertas efusiones en público me dan mucha vergüenza.

Por fin empezamos a comer, pero poco después del brindis empiezo a sentir una inesperada melancolía. Será que los cumpleaños me obligan a considerar el tiempo que pasa, será que me siento un poco desarraigada, será el champán, que hace emerger pensamientos tristes..., el caso es que de repente me invade la extraña nostalgia que me asaltó esta mañana y que hasta Martino notó. Me siento lejos, fuera de lugar, como hacía mucho tiempo que no me sucedía. Me digo —aunque no puedo engañarme— que son las hormonas, que se acerca la menstruación, pero, en el fondo, sé que no puede ser solo eso. Pese a las sonrisas que dispenso a derecha e izquierda, estos treinta años tienen un sabor agridulce y ni siquiera el magnífico arroz al pesto de cítricos, aguacate y menta consigue borrarlo.

Cuando, algo más tarde, llega la estupenda tarta de pera y chocolate que Filippo ha hecho preparar para mí me veo obligada a apagar las velitas bajo las miradas alegres de los demás sintiendo un único e íntimo deseo: que esta velada concluya lo antes posible.

La tarta regresa a la cocina para que la corten y la sirvan en los platos de porcelana fina, y cuando el camarero vuelve con nuestras porciones noto algo extraño: en mi plato hay dibujada una flor con granos de granada.

—¡Qué preciosidad, Bibi! —comenta Filippo, que está sentado a mi lado—. Un homenaje a la festejada.

—Sí..., monísimo. —Me esfuerzo por sonreír, pero sé que mi cara se está resquebrajando.

Con mano trémula trato de tragar un sorbo de champán y siento que el corazón me estalla en el pecho, presa de emociones contradictorias. Granos de granada. No puede ser una casualidad, es una señal, un mensaje *de él*, lo sé..., y, con todo, no acabo de creérmelo.

Intento apartar a Leonardo de mi mente concentrándome todo lo que puedo en Alessio, que en este momento habla animadamente sobre el proyecto de recuperación de un parque abandonado, pero sus monólogos sobre diseño ecológico y bioconstrucción no me ayudan. Empiezo a perder el control y decido que no puedo esperar un segundo más.

Tengo que saberlo. Ahora.

Dejo caer el tenedor en el plato y me levanto de golpe.

—Voy un momento al servicio —digo respondiendo a las miradas inquisitivas de mis comensales.

Me dirijo al interior del restaurante, dejo atrás la puerta del baño y prosigo resuelta hacia la cocina. Camino deprisa y miro inquieta alrededor sujetando el bolso con las manos sudadas. Quizá sea una locura, una construcción mental. Si, en cambio, lo que pienso es cierto, estoy cometiendo un error inmenso: me siento como si estuviese viendo una de esas películas insulsas de terror en las que la protagonista oye un ruido inquietante en el corazón de la noche y abre la puerta para ver qué sucede en lugar de llamar de inmediato a la policía. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Estoy fuera de mí.

Con la cara encendida me asomo por el ojo de buey de la cocina, pero no alcanzo a ver mucho. A continuación, exhalando un suspiro, empujo las puertas, que se abren como las de un *saloon*. Por un pelo no choco con un camarero que justo en ese momento sale transportando cuatro platos humeantes, pero, por suerte, logro esquivarlo echándome a un lado. La confusión es tal que me aturde: un estruendo de voces, vapores, olores y tintineos. Alrededor del banco central se apiña una hilera de ayudantes que cortan, trajinan con las sartenes, empanan, asan en el horno, decoran y espolvorean. Y esta orquesta perfectamente sincronizada la dirige una sola persona.

— ¡Vamos retrasados con todo, joder! ¡Moveos, muchachos!

Su voz, como un trueno.

Al verlo me quedo sin aliento. Leonardo. Viste un uniforme blanco y un pañuelo del mismo color atado a la frente, como la primera vez que lo vi en acción en la fiesta veneciana. Los ojos oscuros, atentos y encendidos, barba de varios días, como de costumbre, y la frente perlada de sudor. Da vueltas entre sus colaboradores, carismático y autoritario, pero, sobre todo, temible. Lo noto por la manera en que da las órdenes y por las miradas con que estas son recibidas mientras lo escruto, pero él no se da cuenta de que estoy aquí, delante de él.

— Hace tres minutos que está lista la langosta de la mesa cuatro. ¿Qué hacemos, Ugo, la servimos fría? Pero ¿dónde te contrataron?, ¿en la feria de la albóndiga?

—Por supuesto, chef. Ahora mismo pongo la guarnición al plato... Perdone, chef. Me he distraído un momento —responde Ugo mientras unas gotas de sudor resbalan por su frente despejada.

—Vaya, ¿estabas distraído? No te preocupes, Ugo, en McDonald's buscan siempre buenos chicos para freír patatas... ¡Acaba de una vez el carpaccio de atún, vamos!

—¡Sí, chef! ¡Enseguida, chef!

—Y tú, Alberto, has puesto demasiada salsa en los *garganelli*. ¡Menos, menos!

Es justo como lo recordaba, pero, en cierta forma, aún más seguro de sí mismo y más imponente. El pelo me parece algo más oscuro, la mandíbula más fuerte y los músculos más tensos, aunque es posible que esa impresión sea tan solo fruto de una fantasía momentánea. Una especie de alucinación.

Aún no me ha visto y eso me hace sentirme segura. Pero apenas sus ojos se encuentran con los míos mis piernas flaquean y me echo a temblar. Leonardo esboza una sonrisa y se acerca a mí con un par de zancadas. Me quedo paralizada, incapaz de moverme. Inspiro, espiro, inspiro.

Estoy abatida, turbada, enfadada, ni siquiera sé cómo estoy. De la boca no me sale una palabra, un sonido. Por un instante tengo ganas de coger uno de los platos y tirárselo, como en las peores comedias a la italiana, e inmediatamente después lo único que deseo es huir. No obstante, antes de que este pensamiento pueda traducirse en acción, Leonardo se planta delante de mí y me su-

jeta con una mano. El contacto basta para borrar la realidad que me circunda. Había olvidado lo grandes que son sus manos. Lo calientes que están siempre. Trato de desasirme, en vano.

—Hola —dice sin más, con su habitual sonrisa descarada y los extraños juegos de luces que hacen sus ojos. Las arrugas que se le forman al gesticular siguen ahí, para recordarme hasta qué punto es sexy, dueño de un atractivo que corta la respiración.

—Hola —mascullo, entre incrédula y cabreada. Hace tres meses que no nos vemos, tres meses durante los cuales he analizado y he reconstruido mi vida pedazo a pedazo, y ahora él me recibe como si nada, con un «hola» tan franco que casi parece el único saludo posible. Siento un escalofrío en la espalda que me tensa, y aprieto los puños hasta casi hacerme daño.

—¿Qué pasa?, ¿estás... sorprendida? —pregunta escrutándome la cara.

—Por supuesto que lo estoy —contesto alzando levemente la barbilla.

—Bueno, yo también —dice él, más divertido que inquieto.

Al ver que las comisuras de sus labios se pliegan en una sonrisita complacida, reviento:

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta, dado que este es mi restaurante —replica con aire inocente abriendo los brazos.

Lo miro en silencio. Jamás pensé que Leonardo podía tener un restaurante en Roma. Y aún menos que yo iba a ir allí el día de mi cumpleaños.

—Es mi cuartel general, cuando no viajo por el mundo para trabajar. Pero a lo mejor nunca te lo dije...

Mi boca emite un sonido desarticulado. Sacudo la cabeza tratando de calmarme. Pero es una batalla perdida. Él, en cambio, me mira como si yo fuese un bonito e inesperado regalo.

—Te vi entrar antes. Me gusta asomarme de vez en cuando por la puerta para ver cómo van las cosas en la sala... —Me aparta cogiéndome por la cintura para dejar pasar a uno de sus ayudantes. Me sonrío—. No podía dejarte ir así..., el destino te ha traído hasta aquí.

—Ah, ¿de verdad? ¿Y por qué motivo? Explícame-lo. —Mi voz es dura, despectiva.

—¡Vete a saber! —Se encoge de hombros riéndose. Estoy a punto de perder el poco dominio de mí misma que creo conservar aún—. Quizá solo se trate de una broma. Pero un destino tan irónico debería ser secundado, ¿no crees?

—¡Dios mío! —Me gustaría chillar de rabia—. ¿Por qué lo encuentras tan divertido? —grito exasperada—. ¿Te das cuenta de lo mal que he estado por tu culpa? ¿Tienes una vaga idea de los espantosos días que han tenido que pasar para olvidarme de ti, para convencerme de que lo nuestro fue un error? Y ahora me sales con el

destino... ¿Sabes qué te digo, Leonardo? ¡A tomar por culo yo, el destino y este local, pero sobre todo yo, por haber venido!

Soy implacable. No sé ni quiero detener esta explosión, me importa un comino que los cocineros alcen la cabeza incrédulos, sorprendidos por mis gritos. Leonardo recula, en apariencia aturdido, pero enseguida me aferra un brazo, me hace salir a rastras por la puertecita que hay a nuestra derecha y me mete con un empujón en un trastero oscuro y estrecho.

—Cálmate, Elena. Por favor. —Se inclina hacia mí, se aproxima lo suficiente para que pueda percibir el olor de su piel y su aliento, que huele a coñac—. Estamos dando un espectáculo delante de todos.

Lo fulmino con la mirada.

—¡Me importa un carajo!

—¿Podemos bajar un poco el tono por un momento y hablar sosegadamente?

—No, Leonardo, no tengo la menor intención de hablar contigo, no quiero oír lo que tengas que decirme y no tengo nada que...

Pero antes de que pueda concluir la frase, Leonardo me tapa la boca con una mano y, sin previo aviso, sus labios están sobre los míos. Me besa como si fuese la cosa más natural del mundo.

Estoy completamente desarmada, pero aun así encuentro fuerzas para despegarme de su boca, intrusa, y darle una sonora bofetada en la cara.

Leonardo sonríe a la vez que se acaricia la mejilla con una mano.

—Te he echado de menos —susurra—. Hueles tan bien como siempre.

Lo miro estupefacta.  Me ha echado de menos?

—Da la casualidad de que ahora estoy con otro —digo con acritud y firmeza.

—Lo siento, Elena —prosigue él.

— Por qué lo sientes? —le pregunto. Ahí está su habitual manera expeditiva de zanjar la cuestión:  l lo lamenta y yo me he pasado tres meses llorando.

—Por lo que sucedió entre nosotros. Por todo. —Me mira con determinación y sinceridad.

Se produce un silencio repentino. Estoy desconcertada. No esperaba que aún me produjese este efecto. Siento su mano sobre la pulsera de Filippo. Tengo un nudo enorme en la garganta y solo logro emitir un susurro.

—Tus disculpas son el mejor regalo de cumpleaños que podía esperar —concluyo, y salgo sin volverme.

Regreso a la mesa pálida y confusa, con un secreto que, obviamente, no podrá contar a nadie. Pese a ello, me esfuerzo por hacer como si nada y manifiesto mi entusiasmo por el sorbete de limón y jazmín que acaban de servirnos. Filippo me pregunta si estoy bien, dado lo mucho que he tardado en volver del servicio. Con una sonrisa forzada le contesto que sí, que estoy de maravilla. Es la primera mentira de mi trigésimo año de vida.

No dejo de rumiar mientras vuelvo a casa en taxi con Filippo. ¿Qué broma diabólica me está haciendo el destino? Todo iba tan bien... Tenía la impresión de haber iniciado una nueva vida, de haber descubierto qué es, de verdad, el amor. ¿Por qué ha tenido que volver Leonardo para reponer el caos donde yo he logrado crear un nuevo orden? Lo odio por haber reaparecido de esa manera tan absurda. Y me odio a mí misma por haber cedido a la tentación de querer saber.

Cuando llegamos a la tranquila avenida arbolada donde vivimos, mientras saco las llaves de casa del bolso de mano y se las doy a Filippo, pienso que en cuanto entremos en casa encenderé unas velas, descorcharé una botella de vino especial y buscaré la banda sonora más adecuada para borrar de mi mente las últimas huellas del pasado. Quiero que el resto de la velada sea solo mío y del hombre que ahora me está abriendo la puerta. El hombre que quiero. Mientras destapo un Masseto dell'Ornellaia, Filippo se relaja en el sofá con la camisa abierta. Me acerco a él con dos copas y las dejo en la mesita. Le sonrío seductora, me quito las sandalias y me siento en sus rodillas mirándolo a los ojos. «Es mi hombre...» retumba la voz atenuada de Mina en los altavoces del estéreo. Canturreamos en voz baja, lo beso en una mejilla, después en el cuello, por último en el pecho.

Filippo sonrío, cierra los ojos y susurra:

—Mmm, esto me gusta...

—¿También esto? —pregunto lamiéndole una oreja. Trato desesperadamente de ahuyentar el recuerdo de Leonardo. Pero, como sucede cada vez que intentas borrar un pensamiento, lo único que consigo es aumentar su intensidad. Me esfuerzo por vaciar la mente, hago realmente todo lo que puedo. Beso de nuevo a Filippo, ahora en la boca, y, poco a poco, la cara y los labios de Leonardo se disuelven en una nube de humo.

Filippo me quita el vestido con un gesto violento, decidido; yo hago lo mismo con su camisa y sus pantalones. Nos abrazamos con fuerza, piel contra piel. Pronuncio su nombre en voz alta. Leonardo, por fin, se ha desvanecido.

—Elena —gime Filippo apretándome la espalda con las manos y la barriga con su sexo. Me desea, lo siento a través de los calzoncillos. En estos momentos me llama siempre «Elena», y no con el diminutivo que suele emplear.

Abro los ojos y le pido que me mire.

Lo miro intensamente y le digo:

—Te quiero.

—Yo también te quiero —contesta. Su expresión es sincera, radiante.

Aprieto los párpados cerrados al sentir que Filippo se está excitando con el contacto. Me pongo encima de él, me muevo y susurro una vez más su nombre. El nombre de *mi novio*. Filippo. Sé exactamente con quién estoy en este preciso momento. A quién quiero. Y sigue fun-

cionando cuando él me lleva a nuestra habitación, aparta el edredón y me echa sobre las sábanas finas.

Estamos desnudos. Esta cama es sagrada, pienso, es nuestra. Leonardo ha desaparecido. Ya no está aquí. Nunca ha estado y nunca estará. ¡Que se joda, al infierno!

Filippo se está moviendo dentro de mí y yo me siento en casa, colmada por su piel, su aroma, su amor. Por algo de lo que nadie me privará jamás.